



# LAS NUEVAS RATAS DE LOS LABORATORIOS NORTEAMERICANOS

JUAN MAESTRE ALFONSO

## EL ESCANDALO DE LOS SIFILITICOS NEGROS

El Senado norteamericano ha sido testigo de una discusión acusatoria referente a determinados experimentos realizados con humanos. Diversos senadores, incluido Edward Kennedy, que preside actualmente la Subcomisión de Sanidad de este alto organismo, han elevado «el grito al cielo» por la realización de estos experimentos. Desgraciadamente, la situación internacional originada por la nación de las barras y estrellas ha hecho que tales gritos se perdieran dentro del coro de lamentos y de protestas interpretado por el orfeón, cada vez más numeroso, de aquellos que lamentan, unas veces por lo que a ellos les afecta y otras en interés ajeno, el genocidio que la más poderosa máquina guerrera de la Historia está llevando a cabo en tierras del Sudeste de Asia.

El origen de este escándalo ha sido la denuncia hecha por un senador de Wisconsin de que durante bastantes años se habían venido utilizando ciudadanos de los Estados Unidos, aunque de piel negra, para llevar a cabo una serie de experimentos relacionados con la enfermedad y tratamiento de la sífilis. El fin era el estudio de esta dolencia y la búsqueda de tratamientos adecuados en sus diversos estadios; pero para ello habían sustituido las clásicas ratitas de los laboratorios por hombres de color del racista Estado de Alabama.

Se calcula que para este experimento han sido utilizados más de seiscientos negros. Pero la parte más triste de todo este asunto no es la de que se experimentase sobre humanos, sino el cómo se ha hecho. La comparación es un requisito metodológico exigido por muchas experiencias de laboratorio. Para calibrar modificaciones por tratamiento u otros efectos, se precisa de la existencia de un grupo de control, que es el que se mantiene en las condicio-

nes normales procurando que no se le introduzca ninguna alteración externa, y el grupo experimental, que es aquel en el que se producen los cambios que quieren medirse por comparación con el grupo de control.

En esta experiencia también se dividió en dos grupos el colectivo objeto del estudio, y que estaba integrado por un grupo de seiscientos enfermos de sífilis. Del conjunto, unos doscientos fueron designados como grupo de control. En tanto que al grupo experimental se le prodigaban una serie de cuidados y se ensayaban en sus miembros determinados medicamentos, a la par que se estudiaban minuciosamente sus reacciones, el grupo de control fue privado de todo tipo de cuidado. Algunos miembros de este grupo —según se ha revelado en el Senado— fueron dejados morir sin que se les prodigara la menor ayuda para su enfermedad, ni tan siquiera los más rudimentarios antibióticos. De este modo, las autopsias aclaran cuáles son los estragos que produce esta enfermedad en situaciones naturales, o sea, sin que se dispensara cuidado alguno, cosa fácil de encontrar en otros tiempos o lugares, pero difícil de conseguir si no es mediante un «experimento» en los Estados Unidos.

Hasta aquí es todo bastante escalofriante, privado de toda ética, pero lo que podemos definir como prólogo del «experimento» es quizá su parte más siniestra. Entre la población negra de Alabama se puede encontrar una gran cantidad de necesitados, y es dentro de este subgrupo donde se procedía al reclutamiento de sífilíticos en disposición de convertirse en «cobayas». Para ello se ha utilizado el acicate de ofrecerles algunas compensaciones económicas y determinados favores, como la alimentación gratuita o la asistencia sanitaria. Esta asistencia se proporcionaba mediante medicamentos y cuidados que para los miembros del grupo de control

tenían que ser inocuos para el tratamiento de la sífilis y de sus consecuencias. Hoy, una vez levantada la polvareda, se ha llegado a estimar que setenta y cuatro de los negros que han tomado parte en el estudio se encuentran sin posibilidad de salvación alguna, dado el avanzado estado de su enfermedad.

Lo sinalagmático es una constante en la sociedad norteamericana imbuida del espíritu y valores del capitalismo, y conscientes de este aspecto, los científicos creadores de este programa también pensaron en la compensación que tendrían estos setenta y cuatro negros, como todos los otros que en la larga actuación del experimento se han encontrado en esas mismas condiciones. Entre las ventajas ofrecidas aparecía la de entierro gratuito.

## LOS HAMBRIENTOS DE AMERICA CENTRAL

La novedad del programa que venimos comentando, si es que existe tal originalidad, viene dada por el hecho de que el «experimento» se ha realizado en los Estados Unidos y utilizando ciudadanos norteamericanos, aunque considerados de segunda categoría. Sin embargo, programas de esta índole son, por desgracia, realizados desde hace mucho tiempo por organismos científicos norteamericanos, pero con súbditos de otros países. Es posible que la cualidad de los «experimentados» sea la que produzca que en esta ocasión el escándalo salga a la luz pública y en otras no convulsione de la misma manera al Senado. Tal es el caso de una experiencia que me tocó conocer muy de cerca en el bello país de los lagos y de los volcanes: en Guatemala.

En este país, y con ámbito centroamericano y panameño, funciona un organismo con cierto carácter internacional, pero que, creado por un norteamericano, el doctor Scrimshaw, funciona con casi

exclusiva dependencia de capital norteamericano. Su objetivo: la nutrición, es interesante en una zona en la que la subalimentación constituye uno de los peores inconvenientes que afectan a esta región, y su actividad ha conseguido sensibles logros en este aspecto. Uno de los programas que aquí se están realizando trata de investigar la relación existente entre nutrición y desarrollo mental. Expuesto de este modo, parece como si la experiencia fuera de gran interés y no estuviera exenta de utilidad. Sin embargo, vista con detalle encierra un grado de inhumanidad igual o superior que el estudio de los negros sífilíticos de Alabama.

Se parte de un supuesto teórico inválido que encierra una gran dosis de racismo y también de principios reaccionarios, que se utiliza para justificar el objeto e interés final, pragmático a nivel universal, de la experiencia. Los países de América Central están considerados como subdesarrollados, como otros de América Latina y, en general, de ese mal llamado Tercer Mundo, puesto que es nuestro propio mundo y constituido por sus tres cuartas partes. Muchos de estos países tienen recursos naturales que se mantienen ociosos. Luego se abre una interrogante: ¿Si son subdesarrollados, a qué será debido? A lo que parecen contestar los «filósofos» del programa: «A que el nivel mental de los centroamericanos es bajo. No sólo son subdesarrollados económicamente, sino también mentalmente». O, dicho de otra manera: «Son pobres porque son brutos, y nosotros los norteamericanos somos ricos porque somos listos».

Ahora, los científicos se preguntan por el origen o causa de ese subdesarrollo mental, y parecen encontrar la respuesta en la deficiente alimentación que afecta a una buena parte de la población de estos países. Una vez llegados a este punto, y si se demuestran las hipótesis del pro-



grama, nos encontramos ante la puerta de idílicas soluciones de ese terrible problema que es el subdesarrollo. Como estos países —nos dicen los científicos— son en su mayoría predominantemente agrícolas, una racional utilización de sus recursos alimenticios, traducida en la práctica cotidiana de una buena alimentación, llevará emparejado un aumento del coeficiente intelectual de sus habitantes, y a través de ello, la solución de sus problemas.

Este es el planteamiento remoto de quienes a distancia están interesados en la realización de este programa. Sin embargo, son formulaciones abstractas y teóricas, y la investigación no por ello dejaría de ser interesante si no fuera porque muchos de estos aspectos han sido estudiados hasta la saciedad en anteriores ocasiones y porque la realización práctica reviste unos caracteres moralmente similares a la de los sífilíticos de Alabama.

Para poder experimentar se necesitó, en primer lugar, encontrar comunidades subalimentadas y lo más aisladas posible para que no les afectaran los cambios y la modernización provenientes del exterior. Además se requerían garantías de que continuarían en este estado al menos durante los ocho años que tenía que durar la experiencia. Con estas características fueron encontradas varias comunidades, y se comenzó el estudio inicialmente en dos de ellas, para extenderlo después a otras seis.

Lo mismo que en Alabama, se requería de un grupo de control y otro experimental. Así se escogieron dos comunidades del guatemalteco departamento de Chimaltenango: Acatenango y Los Planes. En el primer sitio se tenían que mantener las mismas condiciones de subalimentación allí imperantes, en tanto que en el segundo se introducía una alteración. En Los Planes se distribuía a los niños preescolares una estudiada suplementación alimenticia.

Luego, los niños de ambos colectivos eran sometidos a una serie de «tests» psicológicos y de exámenes médicos para ver los cambios que en ellos se operaban.

Como en el estudio de la sífilis, se ha usado para atraer a la gente el ofrecimiento de asistencia médica gratuita, que, como también en aquel caso, prescindía de aquella que podía ir dirigida a aminorar el estado de subalimentación, como podía ser la administración de reconstituyentes, vitaminas, alimentos concentrados, etc., puesto que esto alteraría las condiciones naturales del estudio. Este aspecto ha sido llevado con tanta rigurosidad, que una ayudante de Sociología fue reprendida por dos veces por haber ofrecido alimentos a una familia que se encontraba muy necesitada. Igualmente estaban prohibidos los consejos respecto a prácticas higiénicas, que son uno de los focos principales de la situación sanitaria.

Es este un programa que ha gozado de una buena cantidad de medios económicos y de un excelente equipo de profesionales que podían haber dirigido su actuación a solucionar los innumerables problemas sanitarios. Pensemos que en Guatemala, de 79.421 defunciones acaecidas en 1969, 39.034 correspondieron a niños menores de cuatro años, y 5.703 a niños con edades comprendidas entre los cinco y nueve años; o que la tosferina y el sarampión, enfermedades inofensivas en Europa, cobraron un saldo de víctimas ese mismo año de 3.199 y 4.531; o que las defunciones por avitaminosis y anemias fueron de 3.447. Yo mismo pude ser testigo en la pequeña aldea de Los Planes, en plena actuación de este programa (y además agraciada por haberle tocado la suplementación alimenticia), de la muerte de dos niños debida a lo que vulgarmente se llama hambre, en el plazo de sólo cuatro meses.

## LAS NUEVAS RATAS DE LOS LABORATORIOS NORTEAMERICANOS

### ALIMENTOS QUE NO ALIMENTAN Y MEDICINAS QUE NO CURAN

Como diariamente se procedía a concentrar a los niños con sus madres en un local para darles la suplementación alimenticia, se creaba una determinada interacción, que, a su vez, generaba comportamientos atípicos que con el transcurso de los ocho años de la investigación podrían convertirse en auténticas pautas culturales. Para evitar este inconveniente fue propuesto por el jefe del programa la creación de un ámbito convivencial en el grupo de control con características similares a las del grupo experimental, pero que no alteraran las bases del estudio, sugiriendo a estos efectos que se procediera a repartir también en el grupo de control una suplementación alimenticia, pero que no alimentara nada, algo así como si se tomara una Coca-Cola o un agua tónica. Esta idea pudo ser descartada después de amplias discusiones; sin embargo, algo parecido **continúo** sucediendo cuando se acababan las medicinas, y principalmente los antibióticos, de los que había una gran demanda. Para que no decayera la asistencia ni frustrar las aspiraciones de ninguno de los asiduos «experimentados», se les inyectaba agua destilada.

En un planteamiento tan desprovisto de la menor ética profesional y con la complejidad técnica característica de este programa, fueron apareciendo una serie de problemas cuya solución revisió los mismos caracteres de la orientación «filosófica» en que estaba imbuido todo el estudio. Tal fue lo sucedido con la extracción de muestras de sangre a los niños. Para los exámenes clínicos se necesitaba extraer a cada niño la cantidad de cerca de medio tubo de ensayo, cantidad nada peligrosa ni tan siquiera para los niños de un mes. Sin embargo, existe la creencia (tanto entre los indígenas, como entre los ladinos

de aquella región) de que cada cuerpo sólo posee una cantidad de sangre determinada y que cualquier pérdida de sangre no es jamás recuperada, por lo que fue previsible la negación absoluta de prestar los hijos a tal fin. Este inconveniente fue solventado por el engaño, llegando a camuflar la jeringuilla para que no fuera perceptible la extracción de la cantidad de sangre.

El problema de los «experimentados» no queda limitado al transcurso de la investigación, sino que también tiene su proyección futura. En lo que respecta al grupo de control, como el triste destino para ellos decidido por los «científicos» fue el de que prosiguieran prácticamente muriéndose de hambre, su situación no variará al concluir los ocho años del programa. Pero pensemos cuál va a ser la suerte de las comunidades que constituyen el grupo experimental, en las que casi durante una década una serie de sus integrantes han tenido la suerte de recibir diariamente una suplementación alimenticia. Para éstos, una vez que el último «test» y el último análisis hayan concluido, finalizará el «maná» diario del vaso de incaparina. Como, por otro lado, se ha impedido que en la comunidad se introdujeran cambios, como podían ser el mejoramiento de las técnicas agrícolas, modificaciones en las prácticas de higiene y crianza de los hijos, educación dietética, elevación del nivel cultural, capacitación técnica o cualquier otro aspecto que supusiera una cualificación para superar las condiciones de vida adversas, se encontrarán en ese momento en peores condiciones que cuando llegaron allí los expertos internacionales cargados de material.

Este programa, que inicialmente se ha implantado en América Central a través de acuerdos entre el INCAP (Instituto de Nutrición de Centro América y Panamá) y el NICHD, de Estados Unidos



(National Institute of Child Development), una sección del Departamento de Salud, el mismo organismo cuyos dirigentes se unieron al coro de protestas cuando el Senado sacó a la luz pública el escándalo de los sífilíticos de Alabama, se tiene previsto que se siga también en otras regiones (los lugares destinados son Colombia e Indonesia) para de este modo sacar conclusiones más generales y con validez universal que avalen en último término la «filosofía» antes mencionada.

## DE LA CIENCIA LIBERADORA A LA CIENCIA DESTRUCTORA

Por encima de los detalles que encontramos en estos experimentos, hay una serie de aspectos que nos hacen inclinarnos hacia un mayor pesimismo. Si el utilizar a los sífilíticos de Alabama o a los hambrientos de Guatemala, Colombia e Indonesia como si se tratara de ratas de laboratorio fueran hechos aislados, no tendrían mucha importancia. Pero lo peor es que hechos similares se van repitiendo en la historia de los últimos años. Experimentos con humanos fueron múltiplemente hechos en los campos de concentración nazis; la resistencia y las consecuencias del frío, del hambre y de la presión, entre otras cosas, fueron estudiadas con una minuciosidad tan grande como la crueldad que encerraba la acción de crear esas condiciones de modo «ex profeso» sobre los cuerpos de los internados. También en esa época fueron hechos experimentos de genética y hasta simples ensayos sexuales, y no solamente con los prisioneros judíos, sino también con voluntarios alemanes que se prestaban a esas experiencias en aras de la consecución de una raza más pura. En Japón también se dieron casos de vivisecciones. Pero si nos han llegado estos ejemplos, es debido a

que se encuentran inscritos en la nómina de los vencidos; pero suponemos que los vencedores tampoco debieron de quedar limpios de acciones semejantes, y si pensamos de este modo es merced a la luz que nos ofrecen experimentos como los mencionados y porque han contado con la colaboración internacional y con la ayuda y dependencia de científicos, departamentos oficiales y Universidades de los países vencedores.

Hay otro aspecto que no deja de ser digno de movernos a profunda meditación: el papel que esos hombres llamados científicos juegan en todo esto. El momento histórico actual se caracteriza por la gran acumulación de conocimientos y por la obtención de un nivel tecnológico que hace que al menos las sociedades avanzadas lleguen hasta la dominación de la Naturaleza. Ya no es el hombre el que depende de la Naturaleza, sino que la relación comienza a ser invertida, con todo el peligro que ello entraña para la propia especie humana. Vivimos en una época en la que por primera vez en la Historia tenemos los elementos para solucionar una buena parte de los problemas que nuestra evolución ha creado y acumulado. Podríamos construir un mundo mejor y más libre; feliz sin más. Y, sin embargo, vemos cómo la técnica es utilizada por muchos más para crear necesidades que para satisfacer las ya existentes, o cómo los hombres acumulan medios de destrucción poniendo en peligro su propia supervivencia.

En el centro de este mundo contradictoriamente creador y destructor, encontramos como protagonistas a una élite de la especie humana: la de los científicos. Estos hombres poseen, por creadores, la llave de la técnica. Muchos de ellos han conocido el rigor de la represión y sentido la violencia en sus carnes o en sus cerebros. Su conocimiento

más elevado, se supone, podría hacerles sopesar sus consecuencias. Sin embargo, la realidad es muy diferente: no sólo se convierten en auténticos mercenarios, sino que también hacen abstracción de todo problema moral y ético, que debía afectarles en primer término.

Von Braun pasa de enviar máquinas voladoras para destruir Londres a convertirse en el ombligo de una de las piezas centrales de la máquina destructora de una potencia contra la que puso toda la eficacia de su ciencia para derrotar. Einstein, Teller y Fermi encontraron agresiva hostilidad en sus sociedades originarias, pero acabaron siendo los artífices de algo más destructor que los campos de concentración. Heinz Fisher pasa de ser una autoridad en rayos infrarrojos a prestarse a dirigir, con conocimiento de su falsedad, un descabellado proyecto ideado por Hitler de querer demostrar que la Tierra es cóncava y de que vivimos en su interior, para después ocupar importantes puestos en el centro de estudios más importante del Ejército de los Estados Unidos.

Es innegable la capacidad de adaptación de muchos miembros de la élite científica a lo que de ellos se requiere; sus circunstancias personales acaban moldeándose del modo más plástico. Pongamos el ejemplo del experimento realizado con los famélicos de Guatemala. Dirigido inicialmente por un pintoresco pediatra español, hijo de un republicano víctima de la guerra civil, es continuado por un bioquímico de nacionalidad suiza y de religión cuáquera, hijo de un especialista en Derecho Internacional, y ambos bajo la tutela de un organismo dirigido por una persona a la que por su doble condición de judío y de guatemalteco debía de sentir aversión por experimentos que utilizan a personas y especulan con sus necesidades, que re-

cuerdan los tristes ensayos que sufrió su raza y que ahora se realizan en su propio país.

## LA COLABORACION DE LA SOCIEDAD

Otro aspecto que finalmente cabe destacar es la sorda y un tanto despreocupada conspiración que a nivel social respalda la realización de estos experimentos. Las matanzas de los nazis, por poner el más notable de los ejemplos, no fueron realizadas, ni tan siquiera pensadas por aquellos que comulgaban y participaban de la ideología del III Reich, sino solamente por un equipo que con frialdad tecnocrática se planteó el «problema judío» o el «problema gitano»; por lo tanto, no se puede hacer responsable a Alemania de tales genocidios. Pero, por otro lado, no es menos cierta la actitud pasiva y colaboracionista de una buena parte de la población alemana con la política global de sus dirigentes.

Los Estados Unidos están ocupando en la actualidad un rol similar al de la Alemania nazi. Vietnam, por citar aquí también el más notable de los ejemplos, es un genocidio de un nivel cualitativo superior al de los peores crímenes de la última guerra. Y Vietnam ha contado con el asentimiento tácito del buen norteamericano, al que horroriza la sangre y la violencia, pero que le parecen justificables las razones políticas o de simple prestigio sustentadas por quienes directamente manejan la máquina guerrera. Y si esto sucede con cosas tan notorias como el conflicto indochino, dan con mucha mayor solicitud el asentimiento para la realización de experimentos como los comentados, que, aunque ofrecidos como interesantes y necesarios, son claramente monstruosos para toda mediana inteligencia que no esté cegada por un egoísmo socialmente constituido y cultivado. ■ J. M. A.